

Publicamos aquí un extracto de la novela con la cual Gloria Inés Peláez Quiceno ganó el XXVI Premio Nacional de Literatura, modalidad novela, de la Universidad de Antioquia. Una vívida recreación de la época de la independencia nacional, en una prosa, como constatará el lector, fluida y plena de sugerencias sensoriales.

La francesa de Santa Bárbara (Fragmento)

Gloria Inés Peláez Quiceno

Sin embargo, la vida mundana que no viví en Francia la gocé brevemente en la capital del Nuevo Reyno. Las diversiones de los criollos replicaban las fiestas de las cortes y asistí a algunas de ellas acompañada de Alexander y pocas veces con nosotros asistió Bonpland. En una de ellas por única vez sentí los celos del científico. En esa oportunidad tampoco asistió Bonpland quien debió quedarse en la casa por causa de sus picaduras, adolorido y renegando por el abandono de su amigo, y en su lugar nos acompañó gustoso Francisco Matís, el pintor de láminas que nos recibiera tiempo atrás. A eso de las siete de la noche salimos de la Casa de la Expedición, guiados por un criado portando una lámpara. Pensaba en la singular compañía de Matís que obsequioso daba instrucciones al criado para alumbrar mejor la calle y en Alexander al otro lado, tratando de llamar mi atención ofreciéndome su brazo. Pero yo sólo pensaba que hubiera preferido mil veces la compañía del astrónomo que, aunque taciturno y poco conversador, me había encontrado varias veces sin que se decidiera a hablarme más de dos frases dejándome insatisfecha e intrigada. Lo imaginaba sentado frente a su mesa de trabajo en el Observatorio, indiferente a los festejos y las reuniones, doblado sobre sus libros, ignorante de mi preferencia de estar con él más que con cualquier otro. En un momento, sin otra opción para no caer, me sujeté del brazo del pintor, más por necesidad de un apoyo que por urgencia de su contacto, cuidándome de resbalar en una acequia de agua apestosa que corría por la calle. Alexander me miró con visible desagrado cuando continué el paseo sin soltar el brazo.

Al llegar a la casa, la mano de Matís me tomó suavemente por el codo para subir a la segunda planta. Pude ver la cara del prusiano reflejada en los inmensos espejos que adornaban las habitaciones, sus ojos se encontraron un momento con los míos y leí en ellos el enfado que tenía. Sin prestarle atención a su mirada inquisitiva, comenté en voz alta, para restarle importancia, la riesgosa travesía que debieron correr tales espejos para traerlos desde Europa hasta Santa Fe, sobreviviendo intactas sus lunas en el barco y en los lomos de las bestias. No alcanzó a contestar mi comentario porque al momento los hombres en el salón se lo llevaron con el fin de interrogarlo sobre la situación de Europa. Pronto pareció olvidarse de mí, le vi reír y seducir a todos con sus frases agudas, mientras las mujeres lo rodearon como mariposas. Con una discreta devoción Francisco Matís, a mi lado, me hablaba de sus plantas tratando de interesarme en su uso medicinal. Con mucha habilidad tendió un cerco en torno a mí, no permitiendo que ningún hombre se me acercara ya que su conversación sobre las plantas y los detalles de su fisonomía se imponían ante cualquier otro comentario absorbiendo la conversación, excluyendo a los demás al tener sus ojos fijos en los míos.



A la hora de la comida unas indias trajeron a la puerta las bandejas, dos criadas mestizas las recibieron y las llevaron a la mesa sirviendo los platos con abundante carne de res y cerdo. Poco sabía Matís de mi rechazo por comer carne y con mucha diligencia me alcanzó un plato, al que me negué contándole mi preferencia por los vegetales. Pareció encantarle la idea de continuar su conversación sobre las propiedades de las plantas. Una jarra de barro con agua fresca que

permitía suavizar los picantes del aliño fue mi comida, mientras el pintor de láminas me instruía en los nombres y usos medicinales de las plantas, comenzando la instrucción que me permitiría años más tarde dedicarme a las prácticas curativas.

No dejaron las damas de agitar sus pañuelos impregnados de colonia y observar discretamente mis gestos. Pensaba mientras las veía esconder sus bocas para murmurar detrás de los abanicos que yo les servía de ejemplo para aprender las maneras francesas. No apartaban los ojos del movimiento de mis manos, mi sombrero y mi quitrín, detallando el volumen de las mangas de mi traje, anchas como globos junto a los hombros. Lejos estaba yo de entender que en sus cuchicheos comentaban la extrañeza que sentían por mi presencia en la casa de Mutis, luego de un largo viaje acompañada de dos hombres sin que ninguno de ellos fuera mi esposo o mi padre. Ya que en Santa Fe una mujer joven debía estar casada o recluida en el convento. Despreocupada de todo esto nunca intenté explicar mi relación con los científicos ni justificar mis acciones, me costaría que más adelante las habladurías habrían de tacharme de guaricha (sin que algunos entiendan las razones por las que me permito el sexo con algunos hombres) o me identificaran como monja de una religión extranjera, lo cual me ha permitido moverme en las sombras y apoyar a los rebeldes después de la revolución. Mientras las mujeres hablaban de mí en el baile, al prusiano lo acechaban los criollos con preguntas, querían saber sobre Napoleón, la posible dimisión de Fernando VII al trono de España y otros asuntos de las guerras en el viejo continente. El Barón les regalaba la mejor de sus sonrisas y sin comprometerse alegaba que los años pasados lejos de Europa lo habían alejado de los últimos acontecimientos de la política. Cauteloso, el europeo tenía presente que el Rey había enviado espías a nuestro paso con el fin de captar las impresiones que pudieran expresar sobre la situación política del nuevo continente, vigilando además cualquier acción de los científicos que pudiera ser sospechosa para la seguridad del Reyno. Aún se encontraban frescos en España los recuerdos de los amotinamientos en El Socorro, donde los alzados alcanzaron a llegar a las puertas de Santa Fe; el Rey temía nuevas revueltas en otros puntos de la Nueva Granada.

Una campana llamó al segundo servicio y los criados pusieron la mesa adornándola con exquisitas confituras. En medio del regocijo de los dulces escuché la primera crítica sobre la obra de Mutis, a quien algunos acusaban de enviar sus informes a Linneo en Europa, no permitiendo que los criollos ilustrados del Nuevo Reyno conocieran sus observaciones. El científico lanzó una mirada a Matís para escuchar sus comentarios y el pintor bajó los ojos para evadir el tema y referirse más bien a la exquisita textura de las fresas de La Sabana. Un silencio incómodo se apoderó de los comensales hasta que fue roto por la música que llamaba al baile. De inmediato con exclamaciones de regocijo se organizaron dos filas para ejecutar la contradanza española que comenzó con el redoblante de los músicos en un rincón del salón. Por unanimidad nos escogieron al prusiano y a mí para que iniciáramos y dirigiéramos las figuras, atendiendo a la experiencia del europeo en las cortes y a sus habilidades en la danza; de mí esperaron lo mismo, ya que para ellos cualquier francés debía venir de París, donde creían se encontraba el origen de la elegancia. Tomados del brazo fuimos al centro de la sala y nos paramos una frente al otro y de esta manera hicieron los demás. Los ojos del pintor de láminas estaban pendientes de mí y adiviné que sufría. Comenzamos en un giro cadencioso a dar vueltas de vals, luego cambiamos de pareja, nos fuimos entremezclando de tal manera que cada giro y paso nos acercó a una mano y a un rostro diferente; más que una danza elegante, para mí era un juego donde me encontraba sucesivamente con los dos hombres con los que había ido al baile y en cada encuentro veía una faceta desconocida de sus rostros y de sus cuerpos. Cuando acabó la danza y me encontré finalmente con el prusiano después de recorrer toda la fila, sentí con el contacto de sus manos suaves, acostumbradas a la pluma y al manejo de los instrumentos, que ardían mis mejillas de deseo y quise estrecharlo contra mi cuerpo. Perderlo y encontrarlo al final de la danza me producía un regocijo comparable al juego de la infancia cuando descubría de repente mis ojos, ocultos bajo un gorro de piel de castor, con las ansias ingobernables de conocer de repente el mundo.

Salimos del baile acompañados con un criado que llevaba un farol, hasta la Casa de la Expedición. Al despedirme del geógrafo bajé los ojos para no ver el brillo de su mirada persiguiéndome hasta la alcoba.

—Veo que la señora me ha encontrado un sustituto —dijo mientras me alejaba.

¿Qué habría en el rencoroso e injusto reproche del científico esa noche?

Ni yo misma supe por qué, a pesar de necesitarlo, me alejé de él, acaso por sus continuas preferencias de la compañía de Bonpland.

No sabía el científico que de quien debía celarme se llamaba también Francisco pero no era Matís, mis sentidos estaban prendados del astrónomo que poco me hablaba y parecía rehuir mi compañía cuando pasaba del Observatorio a la casa a mirar el trabajo de los pintores o hablar con Mutis. El prusiano gozaba más de su compañía y salió con él muchas veces a los alrededores de La Sabana en observaciones científicas. A tanto llegó su afición a estar juntos que le prometió llevarlo con nosotros en el viaje al sur de América, con gastos que pagaría la Expedición y a los que Clérigo Mutis daría su consentimiento. El reconocimiento a su ilustración y genio, hicieron del astrónomo un hombre feliz por unos días, volvía a su trabajo con el sextante y a los cálculos, animados sus ojos con la esperanza del viaje. Pensando que lo tendría a mi lado en la travesía, no me di prisa por tratarlo y esperaba con impaciencia la fecha en que saldríamos de Santa Fe y se alejaría el astrónomo de su rutina en el Observatorio para encontrarnos en la aventura de la expedición. No sabía entonces que no viajaríamos juntos pero que a cambio uniría mi vida a la de él de una manera inmodificable por las decisiones que a última hora tomó Alexander. Las veces que abracé al astrónomo sentí, a pesar de la aparente fortaleza de su cuerpo grueso, que era un niño grande a punto de desplomarse al contacto de unos brazos. Me atrajeron sus debilidades, su timidez, su aire triste, la incapacidad de valerse por sí mismo en otros campos que no fuera la ciencia. Su escasa experiencia con las mujeres lo volvía arisco, a veces torpe y retraído, invitándome a descubrirle y a enseñarle los deleites del cuerpo. No tenía comparación con el carácter de

Alexander de quien admiré el arrojo, la sonrisa encantadora, las maneras exquisitas con que emprendía la conquista; de Francisco José en cambio, me sedujo su total falta de experiencia.

El día que le comunicó al astrónomo que no le llevaría a Perú y en su lugar viajaría con nosotros Carlos Montúfar, me defraudó el prusiano y quise vengar el abrupto cambio de planes que dejó al criollo desolado. Por eso fui a esperarlo al jardín con la intención de consolarlo. En ese momento resolví quedarme en Santa Fe y abandonar a los viajeros de quienes ya sólo me unía un amargo resentimiento. Pensaba en ello cuando vi pasar al astrónomo con el rostro contraído por la ira y los puños prendidos a las solapas en un gesto de impotencia que le era frecuente. No me miró y yo tampoco me atreví a hablarle. El astrónomo me consideraba propiedad del prusiano y acaso cómplice de sus decisiones. Se encerró en el Observatorio tirando la puerta con fuerza. Me senté en la banca debajo del árbol de quina donde acostumbraba Mutis escribir sus observaciones sobre las plantas, atenta a las ventanas del Observatorio. Cansada de la espera me acerqué a la puerta y golpeé primero con suavidad, luego más fuerte. Francisco José no quiso abrirme. Di la vuelta ceñida a los muros del Observatorio tratando de escuchar algún ruido y percibí un quejido. Observé que nadie estaba atento en la casa de lo que sucedía, no había criada espionando así que decidí hablar sin temor. Me erguí dejando que las palabras se colaran a través de los barrotes de la ventana:

—¿Qué tiene, *cheri*? ¿Creyó que el prusiano lo llevaría y compartiría con usted la gloria? No le hace falta, créame que aquí en la Nueva Granada a usted le reconocerán su genio.

¿Qué más podía decirle a este criollo ilustrado que se quejaba de no poder brillar con la luz de los europeos, a quien le faltaban instrumentos, libros y más reconocimiento? Ya le había escuchado comentar en voz baja con los pintores de láminas que el pequeño salario que recibía no le permitía siquiera cambiar su levita y mantener sin sobresaltos los gastos del tabaco.

—El científico europeo cree descubrir de nuevo a América. Pero aquí están sus dueños —dije para consolarlo—. A usted que pertenece a la nobleza del nuevo continente.

Sentía su atención puesta en los barrotes por donde entraba mi voz, desde el interior de la torre su respiración me llegaba a través del muro.

—No desespere. Le corresponde describir las riquezas del Reyno. Es tanto una obligación, como un derecho...

Un hondo suspiro me llegó del otro lado de la ventana, alentada por la señal continué:

—Fue por celos que Alexander prefirió dejarlo en Santa Fe. Temía encontrar un rival que le superara en talento.

Al fin escuché su voz y su tono ganaba en firmeza a medida que se desahogaba:

—Usted lo debe saber. ¡Me han cambiado por un joven ignorante, sin principios y disipado! ¿O acaso no lo conoce? Hablo del hijo del Marqués de Selva Alegre. Al preferirlo el Barón ha dado gusto a sus caprichos, su carácter locuaz ha estado del lado del sibarita que los acompañará en el viaje. Sé que mi conducta severa y tranquila no es del gusto de su científico —remarcó con rencor.

—*¡Ce tromper!* Alexander y yo... —alcancé a decir cuando me interrumpió—.

—¿Cómo puede un hombre como él sentirse satisfecho con un joven que no sabe sumar ni conoce un ángulo? Cuando él me habló de los placeres le mostré disgusto... No sé por qué le cuento todo esto... —Calló por un rato y continuó con desaliento— Mis padres oprimieron mis pasiones y los años aumentaron cierto gusto por la pureza, ese es el disgusto que tiene el señor Alexander por mi compañía.

—No podrá usted culpar de todo a Alexander —dije luego de una pausa—. Somos un cuerpo y le damos gusto a los sentidos no sólo cuando conocemos, sino también cuando amamos.

—En el prusiano, señora, reina el amor impuro. Está ciego por pasiones vergonzosas y con sus actos ofende a Newton, un científico que por dedicarse a la

sabiduría no conoció mujer. ¡Si el sabio viviera le recriminaría no seguir su ejemplo de pureza!

—¿Acaso no sabe usted del éxtasis de los sentidos? —dije mientras me desprendía de la ventana e iba hacia la puerta—. Las vías del conocimiento no son exclusivamente las de la inteligencia.

—No quiero mi ilustración a expensas de mis costumbres —respondió tajante.

Su voz me advirtió que se movía dentro de la torre.

—Hay otro camino para llegar a la Luz Divina, no lo busque fuera de usted. ¡Somos un cuerpo...! Los ojos le permiten admirar el firmamento, el gusto le indica el veneno mortal de los ácidos y la ponzoña, las manos le revelan la dulzura y la arista aguda de las cosas; son pequeños escalones que llevan al conocimiento, es cierto. Pero hay más..., el contacto con otra piel puede revelar misterios del universo.

—¡Se equivoca, hay que evitar los estímulos enérgicos! —replicó—. Prefiero templar el cuerpo apagando el fuego de las pasiones.

A punto de revelarles uno de mis mayores secretos observé la casa por si alguien nos estuviera escuchando. El jardín botánico a medio día se encontraba solo y parecíamos Francisco José y yo los únicos seres vivos en ese instante. Una llovizna fina comenzó a caer y me pegué a la puerta del Observatorio, buscando el amparo del techo que no tenía la torre. Así me abracé al muro.

—Sentir el cuerpo y silenciarlo en el momento de mayor goce es el secreto de la contemplación de las esferas más altas. —Dije apagando mi voz en la piedra.

—¿Sentirlo y silenciarlo? ¡No entiendo! —objetó.

—No es el silencio que piensa. Cuando sentimos en la lucha con otro cuerpo que vamos a llegar a la felicidad más alta y cabalgamos en la ola del placer; entonces, por nuestra voluntad, nos silenciamos.

Observé de nuevo el solar desierto de la Casa. La llovizna comenzó a caer más fuerte. Continué en voz baja:

—El secreto consiste en detener la energía para que fluya en el interior. Así se nos revela la visión de Dios.

—¿Será algo que le habrá enseñado a usted el científico? —preguntó con sorna al cabo de un momento—.

—Es más de lo que se imagina. No lo lleve al campo de sus diferencias con él, entienda que si quiero compartir este secreto es un regalo que le hago.

Gloria Inés Peláez Quiceno (Manizales) es antropóloga, Magíster en antropología, investigadora y docente universitaria. Fue ganadora del Concurso de Narraciones sobre Bogotá del Instituto Distrital de Cultura y Turismo en 2007, finalista del primer Concurso de Cuento Corto convocado por el periódico *El Tiempo* en 2001, primer lugar del Concurso Nacional de Cuento Ciudad de Barrancabermeja en 1999 y de la segunda edición de los Juegos Florales del Gran Caldas (modalidad cuentos) en 1996. También en ese año ganó la Beca Nacional de Creación, modalidad Novela del Ministerio de Cultura. En 2007, la Alcaldía Mayor de Bogotá le publicó la obra *Roa séptima con catorce*.